

POLIXENA

TRAGEDIA EN UN ACTO.

PERSONAS.

Polixena, *hija de Priamo, Rey de Troya.*

Pirro, *hijo de Aquiles, Rey de Epiro.*

Eginio, *confidente de Polixena.*

Tesandro, *capitan de guardias de Pirro.*

La Escena es sobre las ruinas de Troya.

Salen Polixena y Eginio.

Polix. O cielo! á qué desdichas, á qué afrentas

habeis mi triste pecho destinado!

Traida en triunfo de una en otra gente,

¿no he de ver nunca mas que á unos

tiranos,

que sin mirar que soy hermana de Héctor,

están en perseguirme porfiados?

Y de un bárbaro esclava, para col-

mo de mis horrores, penas y quebrantos,

podré vivir? O muerte! ven, y acaba

de libertarme de tan fieros daños.

Eginio. Qué escucho, y cuáles son vuestros deseos!

Polix. Ya visteis, justo Dios, que he procurado

apagar el incendio que os ofende;

pero excede al poder de un sexo flaco.

Egin. Luego ese corazon burlar intenta

en mi amistad el brillo acrisolado,

pues de sus penas la mitad me oculta

con secreto artificio, y con engaños?

Polix. El trono de mis padres destruido

por las llamas de París temerario, no es, Eginio, el mayor de los horrores,

sino mi amor; pues su imperioso estrago

me arrastra y precipita con violencia, siendo yo mas culpable que mi hermano.

Egin. Y cuál es ese amor, que así os oprime?

Polix. El mas tierno, y el menos aprobado.

Pero ¿para que quieres que te haga torpe la voz y balbuciente el labio, partícipe, ó Eginio! de un delito, si te has de horrorizar al escucharlo?

Egin. No señora, romped vuestro silencio,

y nombra dme ese objeto desdichado.

Polix. El mas bárbaro Griego es quien sedujo

al yugo del amor mi pecho incauto.

Egin. Dioses! si será Pirro?

Polix. Él mismo, Eginio;

á aquese vencedor, á ese tirano rendí mis pensamientos (cruel memoria!)

y sin poderlo resistir, yo le amo.

Egin. ¿Es posible que amor haya podido

rendir un corazon acostumbrado solo al furor y justo sentimiento?

Ay! cuando á vuestros pies vi derribados

los muros de esa Troya miserable, creí se acabarían los quebrantos, y no pensaba que pudiese el cielo inventar otros golpes mas aciagos, que hasta vuestra inocencia se dirigen,

sus odios y venganza señalando.

Polix. Jamás se ha visto, Eginio, en pecho alguno

reynar tanta terneza, tal recato.

No son los males de mi triste patria la causa mas segura de mi llanto; lloro el infame horror y tiranía de un amor infelice, amor bastardo, que atropella por todos mis esfuerzos.

y expone mi virtud á un atentado:

Inútil es cuando apagar procuro mis deseos horribles é insensatos, renovar á la idea los tormentos solo por él sufridos y causados: una madre llorosa á cada instante se presenta á mis ojos; pero en vano apaciguar pretende mis clamores, si los veo aumentar á cada paso, y sufro mucho mas cuando me expongo

á ocultar de mi pena los arcanos, pues como no la cuento los motivos, me es forzoso por fin disimularlos, siendo de Troya las funestas ruinas de mi loca pasion pretexto infausto. Dioses crueles! ¿no estais satisfechos de perseguirme, y de mirar quemado el suelo de mis padres? ¿No me basta

haber visro á los míos espirando, sino que vuestra cólera se extiende hasta hacerme querer al sanguinario asesino cruel de mi buen padre? Y cuando yo procuro remediarlo, venciendo mi pasion, ¿protegeis todos al mismo Pirro? De pensarlo rabio.

Sale Pirro.

Pirro. ¿Siempre han de estar, señora y dueño mio,

vuestros ojos de lágrimas bañados?

Polix. Y ¿cómo podré ver sin susto alguno.

á un vencedor, cuyo sangriento brazo me condenó al horror de las cadenas al orgulloso destructor tirano del trono de mis padres, homicida de mi Rey, y de todos mis hermanos y quien para corona y cumplimiento de sus fieros é ilustres atentados, se niega á darme muerte, como alivio á mi deseo en trance tan amargo?

Pirro. Ah señora! dejad de recordarme los espantosos y crueles daños que trae consigo la victoria horrible. No á mis ojos, cubiertos con el pas-

mo, renoveis las desdichas, en que tuvo mas parte la fortuna que mi brazo. La confusion y horror reynaba en Troya,

y de llamas cubierta, era teatro esta ciudad de su cercana ruina; de un fuego vengador los tristes rayos

á mi vista ofrecieron, Polixena, vuestra hermosura: entónces detestando

la dicha de mis armas, mezclar pude, de un gran remordimiento penetrando,

con los suspiros de mis enemigos

algunas pruebas de ternura ó llanto,
y tuve por horribles los laureles
de que me habia ceñido é ilustrado.
Sin hacer del valor costoso alarde,
desde luego ¿por qué no os presen-
taron,
hubieran visto deponer mi enojo,
y siendo el mas cruel, ser mas hu-
mano?

Polix. Cielos, qué escucho? Pirro á ser
hoy llega
acrilego, y amante temerario?
Pirro! el que del altar los privile-
gios

tan injuriosamente vulnerando,
la vida de mi padre cortar pudo,
¡viene á ultrajarme con amores fal-
sos!

Perseguidor funesto de mi sangre,
¡querrá en mí deshonor la que ha
quedado!

¡Y yo misma tranquila para verle
mis tristes ojos levantaré acaso!

¡O efecto el mas terrible y dolorido
de las largas miserias y trabajos!

¿Posible es que insensible á las afren-
tas
pueda volverse un pecho? No lo al-
canzo.

¿Que yo respiro aun, mientras que
pueden
dudar de mi virtud? Ay! ¿Hasta

cuándo
pretendeis, instruido de mis penas,
hacer mis eslabones mas pesados?

¿No he sufrido, señor, bastantes ma-
les,
que exponga mi honor á nue-
vos daños?

Finalmente, esa llama aborrecible
aumenta los dolores que yo paso;
y si en vos supo hallar amor entrada,

no debierais jamás manifestarlo.
Pirro. Para ocultar la fe con que os
ofende,

Pirro se ha detenido y violentado;
pero mi pecho con fiera suma
se cansó ya una vez de ser esclavo,
pues mas quiero la muerte y los su-
plicios,

que combatir el fuego en que me
abraso;

y así, mandad que espere, ó que pe-
rezca:

mi vida está, señora, en vuestros la-
bios.

Sale Tesandro.

Tesan. Ah! Señor, escuchad el terror
sumo

que un oráculo causa en los solda-
dos:

estos, cual deben, finos ofrecian
á los manes de Aquiles holocaustos,

y el soberbio guerrero del sepulcro
sale á sus ojos (ó prodigio extraño!):

A la vista de toda vuestra armada
así se apareció, cuando inflamado

su corazon de enojos; al injusto
Agamenon cruel y sanguinario

amenazó con voces vengadoras.
Se presenta, y les dice: „Pueblo in-

grato,
¿á presumir te atreves que mis manes

con tan vil sangre quedarán honra-
dos?

Para pagar con hecatombe digno
mis hazañas, mis glorias y trabajos,

es menester que espire Polixena
sobre mi tumba, y quedará venga-

do.”

Pronuncia estas palabras con voz
fiera,

y fija sus miradas sobre el campo:
todos los Griegos de comun acuerdo

hacen á Polixena muchos cargos;
condénanla, y confusa gritería
el viento puebla, el ayre va llenan-
do:

el decreto de Aquiles para ellos
es decreto del cielo soberano:
y si creo al ardor que les anima,
bien pronto han de venir á pregun-
taros

por su víctima; y no es, señor, po-
sible

poner sin riesgo á Polixena en salvo.

Polix. Ya respiro por fin, Dioses be-
nignos,

ya á fuerza de rigor habeis logrado
que vuestra enemistad se disminuya,
dando á mi corazon algun descanso.

Pirro. Y ¿qué crimen (ó cielo!) ha co-
metido

esta Princesa, para ser el blanco
de una sombra cruel y vengadora,
hambrienta de furor, iras y estragos?
Si París cauteloso y atrevido,
de una pérfida paz solo abusando,
en la sangre de Aquiles, de mi pa-
dre,

á bañar se atrevió su inicuo brazo;
¿por qué ha de ser la hermana cas-
tigada

por los delitos de su fiero hermano?

Ella, cuyas virtudes... mas ¿qué es
esto?

de una voz injuriosa he de hacer caso?
Los terrores que inspira todavía
la ceniza de un padre tan amado,
habrán sin duda alguna producido
la imaginaria sombra que admiramos.
Nadie ignora que el pueblo gusta
siempre

de mil prodigios, aunque sean fal-
sos,

creyendo ver un natural transtorno

- en lo que es de impostura esfuerzo
vano,

y en sus obscuras imaginaciones
nada debe admirar sino su engaño.
Con todo eso, preven luego la guar-
dia,

haz que tomen las armas los solda-
dos,

y conozcan, dictándoles mis leyes,
hoy en Epiro todos mis vasallos,
que se sirve á los dioses inmortales
con la obediencia fiel al soberano.

Vause Tesandro y Eginio.

Y bien, ¿podré de hoy mas con mis
servicios

reparar mis injustos atentados,
borrar de Troya la memoria triste,
y disminuir vuestro rencor airado?
¿Podré á pesar de ese fatal decreto
que en este mismo sitio publicaron,
servir, y hacer que me debais la vida,
mostrándome valiente, y no culpa-
do?

Polix. No señor, ántes un oprobio
eterno

premiará los amores que yo causo;
y por salvar mis infelices dias,
á la Grecia y los dioses soberanos
tendreis que combatir: pueblos dis-
tintos

contra vos arman sus cobardes manos,
y probareis de vuestras mismas tropas
nuevas iras y horrores sanguinarios

Pirro. Léjos de detenerme aqueñas iras,
para mi tienen halagueño encanto:
y si empeñar al cielo en su socorro
pretende Pirro, ¿qué mayor descargo
puede dar á los dioses? no les basta
el ver que por vos sola yo combato?
Para hacerles que aprueben mi osadía,
pongo el cetro, señora, en vuestras
manos:

venid, á vista de los Griegos todos,
á jurarme en el templo sacrosanto
una constante fe, como yo propio
con el gusto mayor os la consagro.

Polix. Yo unirme al asesino de mi padre?

recompensar su audacia con mi mano?
Ah! yo hubiera creído que á lo menos
en un dia tan misero y aciago,
una afrenta como esta que recibo
por compasion me hubierais evitado.

Pirro. Conservad ese pecho inexorable,
y guardad, Polixena, vuestra mano
para otro mas feliz; pero os advierto,
que por mas que parezca yo culpado,
no hubo amante que ardiese en me-
jor llama.

A Dios. Ya á combatir de vos me
aparto.

Los desprecios que sufre el alma mia
mis enemigos dejarán vengados:

lo que no pudo hacer Héctor, confío
hoy sin pena por vos egecutarlo:

es preciso destruya en solo un dia,
un solo instante, la obra de diez años.

Venid á verme con enojo y furia
hacer del campo Griego horrible es-
trago,

sacrificar á vuestros pies invictos
la vida de esos pérfidos tiranos,

y con el mismo acero que os sirviere,
herirme yo despues, por ver si al-
canzo

á dar satisfaccion á un mismo tiempo
á mi gloria y mi amor...

Polix. Ah! cesa, ingrato;
si ofecirme á tan crudo golpe quieres,

préctame tu valor para mirarlo;
pues de la muerte á que por mí ca-
minas,

mil veces mas que tú siento el es-
trago:

pero qué digo? dónde me conduce
la fuerza de un ardor necio, insen-
sato?

Ay de mí! justo Dios! ¿en tal mo-
mento

me habeis á mi passion abandonado?

La vergüenza y dolor de mí se am-
paran.

Recojo mis espíritus temblando;
os dejo, y huyo de vuestra presen-
cia.

Pirro. No, Polixena, no. Rompa el
candado

vuestro cruel silencio. ¿Mis pesares,
mi vivo ardor, vuestro desden tirano

han sabido ablandar? Ah! de tal
gozo

oso apenas probar el dulce halago...

¡Nada me respondeis, y solo veo
correr por las mejillas vuestro llanto!

Polix. Sí, lloro por vivir en este instante,
pues marchité mi honor y mi recato;
mas no te aplaudas, Pirro, de una
gloria,

que debes solo á mi destino infausto,
y á los dioses cuyo odio experimento,

á aquellos que fatales á mi estado
y mi familia, solo para hacerte

dueño del alma, mi razon turbaron.

En lo interior, hasta el postrer alien-
to,

mi odiosa llama pretendí ocultaros;
pero los altos dioses del olimpo,

en perseguir mi suerte porfiados,
sin duda que mi muerte y mi ver-
güenza

todos entre sí unánimes juraron.

Si es inútil negarme á sus decretos,
es el satisfacerles necesario,

y ya que declaré mi amor culpable.
resta sufrir la muerte, y á ella parto.

Recobraré en el ara el honor mio,

que un vergonzoso amor ha marchitado:

nada me falta mas que traspasarme a questo corazon cobarde y flaco, el cual ha obscurecido mi memoria con un indigno ardor, que lloro en vano,

y que ántes que la sombra de tu padre, he sido la primera en condenarlo.

Pirro. No, vos no morireis: pero ¿qué oygo?

A quién va ese discurso enderezado?

A quién haceis declaracion tan fina, que todos mis deseos ha colmado?

Si dió lugar á la piedad el odio,

por qué para avisar tardasteis tanto?

Y por qué, si aprobabais mis ardores,

me ocultasteis, cruel, un bien tan raro?

¡Cuán parecido al aborrecimiento es vuestro amor! Amais, y sin embargo

una muerte inhumana es el objeto que vos me preferís, el solo amparo que aquí vos implorais; ¿y quién pudiera,

en medio del furor con que batallo, privarme del bien único á que aspiro, bien por el cual solo el vivir me es grato?

Ya no es de hoy mas una beldad ingrata

á la que quiero conceder mi amparo, sino á una amante triste y perseguida á quien yo quiero, que me está adorando,

y que sensible al fin á mis peligros, se ha dejado vencer de los halagos.

Es mi bien, mi consuelo, mi alegría, y el premio del amor mas acendrado,

cuya vida, aun á costa de mi muerte, y á pesar suyo, defenderla trato.

Sale Tesandro.

Tes. Ya, príncipe y señor, todos los

Griegos,

del celo religioso estimulados, piden á Polixena conmovidos:

Calcas, ministro de los soberanos Dioses, ya junto al túmulo de Aquiles

el altar mismo tiene preparado; con este objeto el odio se renueva

en sus gritos se atreven á nombraros, y acusan vuestro pecho compasivo

de que quiere su víctima roba los.

Pirro. No sin pesar de este lugar me ausento,

Señora; mas volver bien pronto á guardo

contento y victorioso (pues seguro de mi valor y de mi celo me halló)

á traer las prósperas noticias de un destino feliz que hoy os preparo,

porque sin abusar de vuestra suerte, dispongais de la mia á vuestro salvo.

Vanse Pirro y Tesandro, y sale Eginio.

Polix. No estoy inquieta yo de mi destino;

sé que mi muerte es cierta, bien alcanzo

que de mi loco amor, gracias al cielo, pronto he de recibir el justo pago.

Inútilmente el valeroso Pirro, dándome entre las tropas libre paso,

hace ver el esfuerzo que le anima; pues sabré á pesar suyo armar mi

brazo,

y con los filos de mortal acero teñirle en una sangre demasiado

criminal. Si se atreve todavía á gloriarse de un hecho tan extraño,

no gozará (yo, Eginio, lo aseguro) por largo tiempo tan indigno aplauso;

y hubiera tal vez sido mas felice,
si hubiera mis afectos ignorado.
No obstante, atento al órden que te
dejo,

guárdate, Eginio, de seguir mis pasos,
y si mi madre aquí se presentase,
ocultarla procura estos arcanos;
los Dioses son testigos, que en mis
penas

no siento mas que su pesar y llanto.
Eginio. Cielos! qué me decís? vais á la
muerte,

y no quereis que os vaya acompa-
ñando!
Polixena. Si tu amor en mi gloria se inte-
resa,

debes rendirte, Eginio, á mis manda-
tos;
tus lágrimas detén, y advierte solo,
que á obedecer naciste en todo caso.

Vase.

Eginio. Ah! no creais que pueda obedeceros;
antes pruebe el suplicio mas tirano:
buscaré á Pirro, para descubrirle
un proyecto que ignora, y me ha pas-
mado.

Salen Pirro y Tesandro por el medio.
Pirro. Bien dije yo que mi presencia sola
confundiria al pueblo temerario;
pero qué? Ya no veo á Polixena
en este sitio: sabe que he triunfa-
do?

Eginio. Ah Pirro! no un error aquí os
conduzca,
si en discursos el tiempo así perdamos,
cuando ya la Princesa se dispone
á sufrir de la muerte el crudo fallo,
y acaba de salir, con el designio
de cumplir los decretos inhumanos.
Pirro. O Dioses! ¿es posible que mi
dueño
con tan fatal designio haya marchado!

Vosotros de su vida responsables
me habeis de ser, vosotros que en-
cargados
de custodiar su vida...

*Sale Polixena, y dice á los guardias que
la impiden el salir:*

Basta digo:

hasta cuándo, crueles, hasta cuándo
me privareis de las dulzuras gratas
de una muerte que tanto tiempo
aguardo?

Pero qué es lo que advierto? aun se
presenta

Pirro á mi vista? Dioses inhumanos,

Aparte.

ó volvedme mi gloria en tal momento,
ó dejadme morir en mi quebranto.

Pirro. Señora, disipad vuestros pesares:
yo triunfo, y todo cede á vuestro
encanto.

Unidos contra vos y vuestra vida,
pedian vuestra muerte cien airados
pueblos furiosos: presentéme al punto;
pidiéndole justicia á todo el campo,
y dudán del oráculo á mi aspecto,
cobardes, irresueltos y temblando.

Yo, á quien anima tan hermosa causa,
aun á vista de Calcas irritado,
ardiendo mas que nunca por mi celo,
posté á sus plantas el altar profano.
El cielo, pronto en castigar al crimen,
confundiendo un ministro cruel y
falso,

os justifica.

Polixena. Y yo á mí me condeno,
pues de este modo al cielo satisfago. *va.*

Pirro. Dioses, qué advierto! *(se.)*

Polixena. Que este es mi destino,
que hubiera sido el mas amable y
grato

para mí en vuestra dulce compañía,
si de los dioses el enojo insano

entre nuestras familias no sembrara la division y el odio mas extraños; pero el cielo permite que yo os pierda para salvar mi gloria y mi recato. No obstante, Pirro, una merced tan sola

á pediros me atrevo y suplicaros: suavizad la miseria de mi madre; que Pirro, sus victorias olvidando, quiera escuchar la voz de los vencidos y que la infeliz madre de héroes tantos no se vea postrada á vuestras plantas, ni rendida por vos al triunfal carro. Dignaos libertarla de sus tristes hierros de esclavitud, penosos lazos, y defendedme su preciosa vida, sin acordaros de mi fin infausto. *muere.*

Pirro. Ah! no creais que tarde yo en seguiros, ni que pueda en un lance tan amargo sobrevivir: traspasaré furioso un triste corazon abandonado, y con mi pronta muerte voluntaria evitaré el horror que estoy mirando.

Va á darse, Tesandro le detiene, haciendo llevar á Polixena por los guardias, y vase Eginio.

Tesan. ¿Dónde (ó cielo!) os arrastra y precipita

el dolor que os oprime? Conservaos, vivid para mandar en el Epiro, y en la Grecia.

Pirro. En la Grecia! ántes vivamos para castigo suyo, y á su imperio talemos, abrasemos, destruyamos: temblad, pueblos crueles; aun respira Pirro: me vengaré de un pueblo in-

grato, que abomino y detesto: sí, traydores, no en valde habreis mi enojo suscitado.

Polixena no existe, y viviria si no fuera por vos, pueblo insensato: pero bien sabrá Pirro destruirlos, si ha sabido otras veces ampararos. Vuestros delitos mi furor inspiran, y vais á ver la furia de mi brazo: ya los amigos de Héctor son los míos. Euménides crueles, acercaos, uníos á mi cólera terrible, y armad conmigo las cobardes manos de Griegos contra Griegos; que los propios

pérfidos vencedores alterados, mutuamente entre sí se despedacen; y con vuestras antorchas alumbrando, eternizad, ó furias! la batalla, y mueran todos, como yo me abraso.

FIN.

CON LICENCIA:

VALENCIA: POR ILDEFONSO MOMPIÉ. 1826.

Se hallará en Valencia en la libreria de Domingo y Mompíé, calle de Caballeros, núm. 48; y asimismo otras de diferentes titulos, y un surtido de 200 Saynetes, por mayor y á la menuda.